

Estas citas bastarán á comprobar que el poder civil se halló en España ya en la época á que nos referimos, con cuantos recursos podian tomarse sobre los bienes de las iglesias y del clero sin arruinar á sus poseedores para hacer frente á los grandes apuros en que se habia constituido á la nacion, Pio VII no fué menos generoso que sus predecesores, de quienes se habian impetrado otras gracias semejantes. Pero era de lamentar el abuso que de estas facultades se hacia por los que en la corte estaban encargados de presidir á la ejecucion de los mandatos pontificios. Tal vez se daba un destino poco moral á los bienes eclesiásticos que segun las bulas y Breves de Su Santidad, debieran aplicarse á objetos verdaderamente recomendables; tal vez se interpretaban estas gracias de un modo violento y opuesto á su sentido natural y genuino; tal vez se las tomaba por pretesto para invadir la jurisdiccion de la Iglesia; y era muy sensible la dependencia en que estaban de los empleados civiles, aun los mas insignificantes, los eclesiásticos destinados á la administracion de los bienes temporales que la Iglesia les confiaba.

Algunos meses despues de la batalla de Austerlitz, librada en 2 de Diciembre de 1805, fué nombrado rey de Nápoles José Bonaparte; entonces, el cardenal Fesch, reemplazado en su mision diplomática por Mr. Alquier, embajador, notificó al partir de Roma, el advenimiento de aquel personaje al trono; á lo cual respondió Consalvi que, antes de proceder á reconocerle de un modo cualquiera, habia que examinar precedentes de casos semejantes.

En 17 de Mayo siguiente, Alquier fué presentado por su antecesor á Pio VII; y al dar cuenta aquel á Talleyrand de esta audiencia, dijo que á la despedida de Fesch habia contestado el papa: «Repetid al emperador que no entendemos de transijir; que queremos ser independiente, porque somos soberano, y que si se emplea la violencia, protestaremos ante la Europa, y usaremos de los medios temporales y espirituales que Dios ha puesto en nuestras manos.»

Talleyrand insistia con Caprara para que se reconociese por rey á José, amenazando con que, de no hacerlo el papa, el emperador no reconoceria en lo sucesivo el poder temporal de este. A Alquier se le escribia de Paris en sentido desfavorable á Consalvi,

contra quien se habia declarado formalmente Fesch, y por sus insinuaciones Napoleon. Alquier desmentia los conceptos exagerados que se formaban del ministro Consalvi y de las cosas de Roma; y concluia pidiendo que ni en Paris ni en Nápoles se adoptasen medidas de rigor respecto del Papa. Pero al mismo tiempo la corte de Nápoles pedia ser autorizada para apoderarse de Benevento y de Ponte-Corvo. Napoleon respondió que el principado de Benevento se conferia en propiedad á su ministro de negocios estrangeros, Talleyrand, y el de Ponte-Borvo al general Bernadotte. El papa se quejaba al embajador Alquier de la conducta de Napoleon, y se manifestaba muy resuelto á no adherirse al sistema federativo y á que sus estados quedasen dentro del Imperio. Protestaba que su resistencia no era obra de Consalvi, á quien se atribuia, sino de su propia conviccion; y que, reemplazado este cardenal, su conducta seria la misma. Decidido á sostener sus derechos hasta el último trance, aunque sin hostilidades de su parte, Pio VII decia: «Si se nos quita la vida, nuestro sepulcro será honrado, y nos justificaremos á los ojos de Dios y en la memoria de los hombres.»

Consalvi dimitió su ministerio, para el cual fué nombrado interinamente el cardenal Casoni, Nuncio que habia sido en España, como se ha dicho en otro lugar. El cardenal Fesch fué elevado por Napoleon á la dignidad de coadjutor con derecho de futura sucesion del elector archicanciller, para cuya confirmacion el papa exijió que precediese el consentimiento del emperador Francisco II, por ser alemana esta prelacia.

El embajador Alquier formuló en una nota las exigencias de su amo asi: «El emperador y rey exige que V. S. declare por un tratado ó en otra forma en que se convenga: 1.º Que todos los puertos del Estado Pontificio estarán cerrados para la Inglaterra siempre que existan hostilidades entre esta y la Francia. 2.º Que las fortalezas del mismo Estado serán ocupadas por tropas francesas cuando un ejército de tierra haya desembarcado ó amenace hacerlo en un punto de Italia. El reconocimiento de estos principios satisfará á S. M. y escusará otra declaracion.» El papa persistió en su heroica negativa, concluyendo su contestacion con estas palabras: «S. M. puede ejecutar cuando quiera sus amenazas,

y arrebatarnos cuanto poseemos. Estamos resignado á todo, y dispuesto, si tal es su voluntad, á retirarnos á un convento, ó á las *catacumbas* de Roma, como los primeros sucesores de San Pedro.» A la vez Napoleon, á fin de que el titulo de emperador de Alemania, reconocido por el papa como único en el Occidente, no fuese un obstáculo para llevar adelante sus proyectos ya manifestados, habia conseguido que Francisco II renunciase á semejante investidura, cambiando el nombre de tal emperador de Alemania, por el de Francisco I emperador de Austria. Esta declaracion se publicó en 6 de Agosto del mismo año 1806.

A la sazón D. F. Cancelier, brigadier del ejército de Nápoles, dirigia proclamas á los habitantes de la Baja-Italia para que se levantasen en nombre de su rey Fernando IV, asegurándoles que este se habia confederado con las Potencias mas importantes del Norte, de las cuales habia recibido grandes auxilios en tropas que marchaban sobre la capital. El Pontífice esperaba que, si Fernando era restaurado en su trono, se acabarían las continuas exigencias de Napoleon para el paso de tropas, excusándole muchos disgustos: y que tal suceso podria además contribuir á templar al emperador en sus proyectos de violencia. Pero en tales momentos alcanzaba el último la gran victoria de Jena, que le hizo dueño de la Prusia; entró en Berlin, pasó á Polonia; y en fines de año ocupaba á Varsovia. El emperador de Rusia le habia declarado la guerra; y él abrigaba el designio de entrar en San-Petersburgo. Un decreto del mismo Napoleon habia puesto en estado de bloqueo las islas Británicas.

El cardenal Casoni reclamó contra este decreto por órden de Su Santidad. Napoleon recibió con gran disgusto tal protesta. El príncipe Virey de Italia escribió al papa por mandato del emperador, cuyo encargo ejecutó en términos comedidos; y el Santo Padre reprodujo sus razones ya indicadas, contra las exigencias que se le repetían; ofreciendo por otra parte á este príncipe confirmar á los Obispos de Italia cuyas informaciones se le remitiesen en regla.

Esto pasaba en principios de 1807. Por el mismo tiempo se proyectaba en la ciudad eterna celebrar con extraordinaria pompa una fiesta que no habia tenido lugar bajo los dos pontificados anteriores; la canonización de cinco bienaventurados: fiesta en la

cual, dijo el papa, «todavía nos será permitido adornar nuestra cabeza con la misma tiara que nos regaló un hijo que ahora se nos muestra ingrato.» Con efecto se verificó esta augusta ceremonia con singular magnificencia.

El papa mandó que se continuasen pagando exactamente los gastos causados por las tropas francesas, y que se formase un cálculo de lo que por este motivo se hubiese invertido en el año de 1806 y correspondia invertir en 1807. Resultó de esta operacion que el erario de la Iglesia desembolsaba con tal objeto no menos que la cuarta parte de sus rentas; de lo cual se quejaba amargamente el Pontífice, por la necesidad en que se le constituía, de gravar para este fin al país con impuestos que no quisiera tener que exigir, deseando como deseaba que su gobierno fuese para los romanos lo menos oneroso posible.

La Francia insistia en su empeño de que el papa reconociese á Napoleon como emperador de Occidente. Aunque este hubiese suspendido toda comunicacion directa con la Santa Sede, continuaba no obstante insinuándose contra Pio VII en términos amenazadores. «No tendré reparo, decia en una carta al virey de Italia, en reunir en un concilio á las iglesias galicana, italiana, alemana y polaca, *para arreglar mis negocios sin el Papa*. Los derechos de la tiara no son en el fondo otra cosa que deberes; humillarse y orar....» El papa leyó esta carta, que confidencialmente le remitió el virey; pero Su Santidad permanecia inflexible, aunque otra cosa se quisiese tal vez hacer creer á los franceses.

Talleyrand, entre tanto, habia sido nombrado vice-gran-electo, y reemplazado en el ministerio por Mr. de Champagny. El Cardenal de Bayane, á quien se asoció despues á monseñor. Della Genga, fué á Paris con encargo de ocuparse de las graves desavenencias que existian entre la corte de Napoleon y la romana.

Todavía volvió á renovarse la cuestion relativa á Jerónimo Bonaparte, para el cual, despues de la batalla de Friedland, en que su hermano derrotó á los monarcas coligados de Prusia y Rusia, y en virtud del tratado de Tilsitt, consiguiente á esta ventaja, habia formado un reino en Alemania el referido Napoleon. Jerónimo divorciado ilegalmente de su mujer habia contraído segundo matrimonio con una princesa de Wurtemberg. Se trató de com-

prometer al Pontífice con una comunicacion artificiosa, en la idea de suponer la aprobacion de este segundo enlace si en su respuesta Pio VII no mencionaba el primero. Pero el papa se remitió á lo que en favor de este habia declarado *prévia la mas madura deliberacion*. En Diciembre pasó Napoleon á posesionarse del territorio de Venecia, que recientemente habia adquirido. Poco despues desplegó este contra el venerable Pontífice todo el rigor de su bárbara tiranía. Apuntemos con exactitud los hechos, que escusan toda calificacion.

Una nota de Champagny, transmitida por Alquier al Cardenal Casoni en Enero de 1808, nota en que se atacaba con osadia é impudencia el poder temporal de los papas, y que fué contestada con abundancia de razones por el ministro de Su Santidad, fué la señal de los crímenes que vamos á esponer. Napoleon dió orden de ocupar á Roma, só protesto de un paso de tropas para Nápoles. Estas entraron en la ciudad santa el 2 de Febrero. Colli dirigió á Miollis, gefe de los invasores, una protesta contra la ocupacion del fuerte de Sant Angelo que mandaba. El 3, habiendo visitado al papa, Miollis con Alquier, Su Santidad declaró, que así ocupada la capital, se consideraba prisionero, y no podian seguir su curso las negociaciones. Con efecto, el Pontífice no salia de su residencia, á pesar de habersele escitado á ello.

Una nueva intimacion del emperador fué comunicada por Alquier; pero siéndole imposible quebrantar la firmeza de Pio VII, hubo de pedir sus pasaportes, y marchar de Roma, como poco despues lo hizo, por igual razon, su secretario, quedando Miollis encargado de las funciones respectivas y en general de la administracion del pais. Este gefe incorporó á la fuerza las tropas del papa con las francesas; contra cuyo atentado le dirigió en 16 de Marzo una valiente nota el cardenal José Doria, nombrado interinamente para la secretaria de Estado por grave enfermedad de Casoni, y que forzado á salir de Roma á su patria Génova, fué asimismo reemplazado por su colega Gabrielli Miollis, arrestó tambien al gobernador de Roma, y cometió otros varios atropellos contra las autoridades lejitimas.

En 24 del mes de Abril, Pio VII dirigió á los Obispos de las provincias desmembradas de sus Estados, una Encíclica, en la cual

así á ellos como á sus diocesanos, eclesiásticos y seglares, les prohibia cooperar al establecimiento del nuevo orden de cosas que se trataba de hacer prevalecer; propasarse á actos que tendiesen á tomar parte en él ó á consolidarle; y en especial aceptar empleos ó solicitarlos de semejante gobierno.

Con fecha de 11 de julio se celebró un consistorio al cual dirigió el Papa una alocucion que empezaba: *Nova vulnera*. Pio VII se lamentaba del próximo destierro de diez cardenales. Manifestaba que se habia llegado á una situacion de violencias. Que Napoleon invocaba á Carlomagno sin razon y despreciando una posesion pacífica de mil años. Repelia la idea de que no se ofendiese al Pontífice insultando al Soberano, siendo así que concurrían en un mismo hombre las dos investiduras. El Pontífice levantaba los ojos al Cielo, cuyas promesas son infalibles. Protestaba contra la fuerza ejercida por el emperador, á quien deseaba ver resistir los consejos de los pérfidos; y ofrecia sacrificar su vida por la salud de su pueblo.

En 6 de Junio, José Bonaparte habia sido nombrado rey de una nacion que, villanamente engañada por el tirano de Europa, que le habia robado su Monarca legítimo y atacaba su independenciam, sin respetar la religion augusta cuya unidad es su primera ley fundamental, y por cuya conservacion sostuvo una lucha de ocho siglos, que levantó su gloria y su poder á una altura sin par en la historia del mundo, emprendia una lucha de gigantes, cuyo resultado habia de ser abatir la estrella del que se llamara invencible, auxiliando de un modo poderoso el noble empeño de la Europa combinada para su ruina; de España, decimos, de la bizarra España, que antes consintiera ser borrada del mapa, que ver colocada la corona de Recaredo y de San Fernando sobre las sienas de un aventurero. Y para suceder á José en el trono de Nápoles, fué designado Joaquin Murat, cuyo reconocimiento se exigió al Papa. La heroica resistencia de Su Santidad á las reclamaciones imperiales, habia sido admirada en nuestro país: diputados españoles pasaron á Roma con el fin de felicitar por ella á Pio VII reservadamente, á la sazón en que Zaragoza resistia el primero de sus sitios con un valor verdaderamente heroico.

En 6 de Setiembre se presentó en la secretaria de Estado un

gefe francés para intimar á este ministro una órden de seguirle, á la cual habia dado motivo el haber hecho pública una disposicion del papa que podia embarazar los alistamientos decretados por los invasores. Pacca contestó que no marcharia sin órden de Su Santidad, á quien en el acto comunicó lo que pasaba. Pio VII se presentó al momento en la secretaria; y declarando al oficial que se oponia á lo intentado con su ministro, que este no seria éstraido de su palacio sino quebrantando las puertas, y que protestaba contra las medidas del general, cuyo intento era, segun se conocia, impedirle el ejercicio de su autoridad apostólica y temporal, privándole de todos los que en él le auxiliaban, llevó al Cardenal de la mano á sus aposentos, con general aplauso de los que presenciaban aquel arranque de firmeza. De este acto de violencia se dió parte á los ministros extranjeros. Distinguióse por la enerjía con que le reprobaba, nuestro compatriota el caballero Vargas el cual y los auditores de la Rota Gardoqui y Bardaji, españoles tambien, fueron arrestados cinco dias despues, por enemigos, se decia, del gobierno francés.

El año de 1809 comenzó sin ocurrir novedad digna de mencionarse. Los negocios eclesiásticos seguian su curso ordinario con el resto de la Europa. En 26 de Marzo fueron preconizados en consistorio muchos obispos. Pero no podia desconocerse que Roma estaba amenazada de males gravísimos; y que pronto llegaria la ocasion de que asi el papa como su digno ministro llevasen á cabo su resolucion de resistir hasta el último extremo á un poder con el cual era imposible ya una conciliacion, dado que su único intento era comprometer á Su Santidad, degradándole hasta lo sumo y reduciéndole al mas duro cautiverio.

Con efecto el 17 de Mayo Napoleon espidió desde Viena, donde habia entrado nuevamente como conquistador, (despues de experimentar, en una espedicion á España, que ni su presencia ni nada seria capaz de rendir á la nacion que fuera el terror de la antigua Roma), un decreto que reunia todos los Estados del papa al imperio francés, declarando á la capital de los mismos, ciudad imperial y libre: una Junta debia tomar posesion de ellos para que pudiese organizarse en este distrito el régimen *constitucional* para 1.º de Enero de 1810. Túvose en Roma noticia al poco tiempo de esta

resolucion, que era fácil preveer. Tratóse en su vista entre el papa y el Cardenal Pacca de publicar un documento que anunciase á la Europa católica el despojo sacrilego cuya realizacion estaba tan inmediata, declarando que los usurpadores renunciaban á toda comunicacion con Roma. Se habia redactado con efecto para este fin una bula doble, previendo los dos casos de preceder la prision del papa al cambio de gobierno, y de ser este anterior á la prision del papa; y los ejemplares respectivos, firmados y sellados, se tenian en custodia para cuando llegase el trance de la publicacion.

En la mañana del 10 de Junio, fué derribado del castillo de Santangelo el pabellon pontifical, enarbolando en su lugar la bandera tricolor; y á son de trompeta fué anunciado por la ciudad el decreto que disponia la reunion al imperio de lo que restaba al papa de sus Estados.

Su Santidad, despues de enterarse de los términos en que estaba concebido el mandato del usurpador, que oyó leer á su ministro con serenidad y resignacion, y habiendo consultado el asunto con el mismo Pacca, se decidió á mandar que se fijase en los lugares acostumbrados la bula de que va hecha indicacion, que empieza: *Quum memoranda*, en la cual con el mayor rigor se escomulgaba á los autores y cómplices de todos los actos de despojo sufridos por la Silla Apostólica, aunque sin mencionar á Napoleon de un modo especial.

Desde estos sucesos se redobló la vigilancia, ya por parte de los opresores del papa, quienes temian que este saliese de su palacio á intentar una revolucion en su favor, ya por parte de las tropas leales, que recelaban ver ejecutar de un momento á otro la prision del Pontífice destronado. Ella tuvo lugar con efecto en la madrugada del 6 de Julio, siendo el general Radet el encargado de tan odiosa comision.

La memoria de este gefe y las del cardenal Pacca contienen muchos pormenores del criminal atentado que no caben en este lugar. Baste saber que los franceses asaltaron el palacio papal mas bien á guisa de ladrones que intentan un robo, que como tropas disciplinadas y regulares; que las puertas fueron derribadas con hachas; que habiendo contestado Su Santidad á la intimacion que á nombre de Napoleon le hizo Radet de renunciar

á la soberanía temporal de Roma y sus Estados, que se agregaban al imperio, con una entereza y valentia verdaderamente apostólicas. «No podemos, no debemos, no queremos ceder ni abandonar lo que no es nuestro. El dominio temporal pertenece á la Iglesia, y solo le tenemos en administracion. El emperador podrá hacernos pedazos; pero jamás conseguirá de Nos lo que se pretende.» fué arrancado de su residencia, sin permitirle llevar en su compañía á nadie mas que al cardenal Pacca, sin concederle un momento de reposo para serenarse, ni darle lugar á proveerse ni aun de ropa blanca, para mudarse en el camino. Asi arrebatado de su palacio con el pretexto de que iba al alojamiento del gobernador Miollis, fué encerrado bajo llave con su secretario en un carruage no muy decente, en el cual se le obligó á seguir una marcha de diez y nueve horas, apenas interrumpida para tomar un frugal alimento.

Con pequeñas paradas en distintos puntos y despues de separarle del cardenal Pacca, fué conducido el pontífice á Savona y en esta última ciudad se le hospedó en el palacio episcopal, aunque permitiéndole para su uso tan solo una habitacion sumamente reducida.

Por lo demás, no es necesario ponderar la barbarie de los opresores del papa en estas jornadas, en que se faltó aun á las consideraciones mas exigentes de la humanidad: ni el profundo dolor con que el pueblo romano vió la salida de su Pontífice y Padre, agrupándose en derredor de su carruage, que parecia intentar detener; ni el entusiasmo, mezclado del mas acerbo sentimiento, con que le saludaban y exigian su bendicion los pueblos del tránsito; habiendo mas de una vez alarmado á Radet lo enérgico de estas demostraciones; alarmas fundadas, porque en varias ocasiones se aseguró al Pontífice que á una mera insinuacion suya acudirian las poblaciones á libertarle de sus tiranos, á quienes se prodigaban no pocos insultos. Puede decirse que el papa marchaba positivamente en triunfo, á despecho del déspota de Europa y de sus atroces satélites. Los fieles de los distritos de Italia y de Francia que atravesó Pio VII, rivalizaban en actos de profundo respeto y adhesion la mas cordial. Ni faltaron españoles que contribuyesen á la ovacion popular de que en todas partes era

objeto el Pontífice perseguido. Los héroes que defendieran á Zaragoza, prisioneros de guerra en Grenoble, se prosternaron como un solo hombre al paso de Su Santidad, al cual solicitaran salir al encuentro. Sin duda los devotos siervos de María del Pilar hallaron en este homenaje un dulce lenitivo á su triste situacion. Colocados entonces á los piés del sucesor de San Pedro, ellos, humildes hijos del pueblo, representaban en union con el venerable anciano cuyas sienes ceñia una doble corona, las únicas resistencias que se oponian en todo el continente al despotismo de Napoleon. Otros españoles se disputaron con la religiosa soberana de Etruria, la primacia en recibir las bendiciones del padre comun de los fieles.

Ganada la batalla de Wagram, y firmada en Schoenbrun á 14 de Octubre la paz entre el Austria y la Francia, Napoleon llegó á Fontainebleau en 26 del mismo mes. Poco despues encargó á uno de sus hombres de Estado la redaccion de una memoria en que se esplicase la situacion de los asuntos con la Santa Sede, y se propusiese al Senado un proyecto de decreto (*senado-consulta*) que definitivamente acordase la agregacion del territorio pontificio al imperio, y concediese un edificio á propósito para habitacion del Santo Padre.

Conforme á lo anunciado en Roma, la policia se apoderó en principios del año de 1810 de los papeles existentes en los archivos y oficinas eclesiásticas; los efectos que pertenecian al papa fueron recogidos igualmente; hasta se tomó el *anillo del Pescador*, que se hallaba en poder de monseñor de Gregorio, delegado del Pontífice, para que pudiese despachar las bulas, breves, etc. La tiara regalada por Napoleon á Su Santidad y los demas ornamentos de este fueron luego conducidos á Paris.

En 7 de Febrero recayó con efecto un senado-consulta que agregaba al imperio el Estado Pontificio incluso Roma: y el prelado de Gregorio fué inmediatamente lanzado de la ciudad, habiendo sostenido hasta el último trance los derechos de la sede Apostólica, cuanto en su posicion le era posible.

Napoleon habia concertado su segundo matrimonio con una archiduquesa de Austria, Al efecto era preciso anular el celebrado con Josefina. Asi se verificó constituidos *ad hoc* en Paris tres tri-